

# La Sagrada Meditación

Juan José Bernal

1900





# PRÓLOGO



EN la época presente, en que el espíritu humano, engrdeído con las admirables conquistas que ha realizado en el dominio de las ciencias físicas, quiere analizarlo todo para tener después el derecho de dudar de todo, se nota la tendencia de los que á sí mismos se dicen despreocupados, á negar las relaciones que necesariamente existen entre el Sér Supremo, creador y conservador de todas las cosas y la criatura racional, que colocada por Aquel en un lugar de honor, en el primer peldaño de la misteriosa escala de los seres, siente vértigos y, **en su deslumbramiento**



0 1 M 0 0 0 4 7 8

La bíblice, se esfuerza por descender tan gloriosa altura, para ponerse al nivel de los irracionales, sin querer comprender que de ellos la separa una distancia infinita.

El elocuente Bossuet decía ya en su tiempo: “El hombre ve en los animales un cuerpo semejante al suyo, los mismos órganos, los mismos movimientos; él les ve nacer, vivir, sufrir y morir, comer, beber, ir y venir con oportunidad; evitar los peligros, buscar sus comodidades, acometer y defenderse, aguzar el ingenio aun, prevenir las caricias y mostrar una sutileza estremada. Se les adiestra, se les instruye; instrúyense igualmente unos á otros; se les oye llamarse, recordarse y advertirse recíprocamente. Esa semejanza de acción engaña á los hombres: éstos quieren á toda costa que los animales racionen; parecen empeñarse en elevar á los animales hasta su propio nivel, *á fin de tener el derecho de rebajarse hasta ellos y de poder vivir como ellos.*” Bossuet á este propósito recordaba estas dolorosas palabras, que son la clave de tantos misterios de ignorancia. “*Elevado al colmo del honor, el hombre no lo ha comprendi-*

*do; háse comparado á los animales sin razón, y se ha hecho semejante á ellos.*” Y añadía con profunda tristeza: “¡Cosa extraña!” “El hombre, animal soberbio, que se atribuye á sí mismo cuanto conoce de sublime, y no quiere ceder nada á su semejante, hace esfuerzos inauditos para tener el mismo valor que las bestias, ó para que haya poca diferencia entre ellas y él.”

Esta teoría que ha extraviado á muchas inteligencias en los siglos pasados, tiende á invadir al mundo en el siglo presente, en que se inventan los sistemas más erróneos para explicar el origen del hombre, de la familia y de la sociedad, sin tener en cuenta para nada la Revelación divina consignada en la Santa Biblia, única poseedora de la verdad en materias tan delicadas y trascendentales. En efecto, sólo la Sagrada Escritura puede darnos con seguridad la clave para la resolución de esos pavorosos problemas, que encierran, á no dudarlo, la incógnita de los destinos del hombre en su breve peregrinación sobre la tierra, y al descubrirse los horizontes de una vida futura é inmortal á que aspira, con las inquebrantables energías de su sér privilegiado.

La Religión verdadera nos enseña, que el hombre creado á imagen y semejanza de la Divinidad, es un sér racional, religioso y social, capaz de elevarse al conocimiento de su primera causa, capaz de conocerse á sí mismo, de conocer las relaciones que le ligan con los demás seres de la creación y capaz por consiguiente de cumplir con los deberes que esas relaciones le imponen, toda vez que su fin es tan noble y tan elevado como su origen divino. La comprobación de esas sublimes verdades se encuentra en la historia de la humanidad, que no es más que la relación del progresivo desarrollo del individuo, de la familia y de las sociedades, que, creciendo en el tiempo y en el espacio, realizan los sabios designios de la Providencia Divina, que en los lindes del tiempo les ofrece las inefables recompensas de la Eternidad.

El hombre está en relación con Dios, como está en relación con sus semejantes, y de ahí la necesidad de la religión, del culto, que influyendo poderosamente en su vida, condenada al trabajo, al dolor y al sufrimiento, le hacen capaz de practi-

car las virtudes morales más difíciles, elevándose algunas veces hasta el heroísmo de la caridad, hasta el sacrificio, cuyo modelo es Jesús, Hijo de Dios, é Hijo del hombre, que revestido del ropaje de la carne se sujeta voluntariamente al dolor y al sufrimiento, y hasta una muerte ignominiosa, para enseñarnos, con su ejemplo admirable, á luchar con el mundo, á vencer á nuestros enemigos, y á caminar con resolución por el camino del cielo.

Jesucristo, es, sin duda, el modelo de toda perfección, porque El es el camino, la verdad y la vida; así lo enseñó claramente cuando decía, “aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón y encontrareis el reposo de vuestras almas:” así lo expresó de una manera solemne al despedirse de sus Discípulos, excitádoles á que obraran con los otros como El había obrado con ellos, deseo que se trasluce en todos los actos de su vida mortal; pero esto no obsta para que nosotros tan flacos y tan débiles busquemos otros modelos más semejantes, que estando más próximos á nosotros por la naturaleza, sean en cierto modo, sino más dignos, más fáciles de imitar, siempre con la gracia divina.

Después de Jesús, María y José son los personajes más admirables por sus virtudes y los más dignos de imitación, puesto que son los trasuntos más acabados del tipo ideal de la perfección cristiana, á que debe aspirar toda alma, que regenerada por las aguas del Bautismo, siente en su interior la difusión del Espíritu que hace los santos y los elegidos. Entre estos, Aquellos son los que han participado más directamente de los celestes efluvios del Sér divino de su Hijo muy amado, quien gustoso se sujeta á Ellos, durante su vida oculta, al mismo tiempo que los colmaba de bendiciones y los enriquecía, á cada instante, con los abundantes dones de su amor incomparable.

Estos tres personajes de la Trinidad de la tierra, forman “La Sagrada Familia” á la cual la Iglesia tributa un culto especial, que, por las dulces reminiscencias que despiertan en nuestras almas, en una ilusión piadosa, vueltos á los días de la infancia, nos inspira sentimientos de inefable ternura y nos impulsa á hacernos como niños para podernos conformar en lo posible con la sublime enseñanza de nuestro amoroso Redentor.



“El primer hombre, Adán, según el Apóstol San Pablo, ha sido creado en alma viviente, y el segundo Adán, espíritu vivificador; de manera que la naturaleza ha precedido, viniendo después lo que es sobrenatural. El primer hombre fué de la tierra y terrestre, el segundo fué del cielo y celeste. Como fué el hombre terrestre así fué su posteridad: como fué el Hombre celeste, así fué también su posteridad celeste.” Este texto fundamental es claro, á pesar su de aparente oscuridad, dice el P. Doublet. Dos razas han aparecido sobre la tierra: dos familias, nacidas de dos troncos se muestran á nosotros. Adán, hombre terrestre, abandonado á su impotencia nativa y á su nada original, es padre de una raza toda terrestre, sin destino sobrenatural, sin elevación, sin divina esperanza, ni divina fortuna; de *terra terrenus*. (1 Corinth.) La raza del Adán terrestre “nace de la sangre, de la voluntad de la carne, de la voluntad del hombre.” La raza del Adán celeste, de Jesucristo, “nace de Dios” sobrenaturalmente y “porque ha sido dado de lo alto á puras criaturas llegar á ser hijos de Dios.” Si la primera creación, si el hombre dejado á su tamaño y perfecciones naturales es

grande ya y lleno de magnificencias y esplendores, qué se dirá del hombre de la creación segunda, del hombre llevando su naturaleza á la altura del cielo, engrandeciéndose hasta Dios, recibiendo una inteligencia, concibiendo sentimientos, usando un lenguaje, llevando una vida de Dios? Qué decir de esta raza magnífica que, bajo su vestido de carne, lleva una alma celeste y un corazón divino, y en “su vaso de arcilla” y en su vida de un día “el tesoro” de una eternidad? Cuando esta familia que su munificencia se ha dado, atraviesa el tiempo para llegar á la eternidad, Dios, su Padre, la contempla con amor, diciendo: “ésta es mi hija en que tengo mis complacencias.” Mostrando á la Corte celestial esta humanidad cristiana, estos hijos que han llegado á ser su imagen y el reflejo de su esplendor, Dios dice: “ellos no tienen semejantes sobre la tierra” “*Quod non sit ei similis in terra.* Entonces Dios dice: Vosotros sois dioses, todos vosotros sois hijos del Altísimo” *dii estio et filii Excelsi omnes.*”

Si por la redención, hemos llegado á ser hijos de Dios, de una progenie celestial según la expresión del Príncipe de los Apóstoles, debemos esforzarnos por pa-

recernos á nuestros mayores, por tener la misma fisonomía espiritual que los miembros principales de nuestra familia, que lo son María y José, los cuales fueron semejantes al Verbo encarnado, no solo en el semblante exterior, sino en el interior, del alma. Para alentarnos en esta empresa tan ardua y penosa es conveniente tener siempre presente en la memoria las misteriosas escenas de esas existencias tan fecundas para el bien, pasadas, ya en la oscuridad del hogar de Nazaret, ya en las penurias del destierro de Egipto, ya en las numerosas reuniones del Templo de Salomón y de la Sinagoga, no solo meditando y admirando esas virtudes ignoradas que forman el fondo de la vida cristiana, sino tratando de imitarlas, en cuanto lo permite nuestra natural flaqueza.

La meditación de los misterios de la Santa Infancia de Jesús no sólo es un manantial puro de dulcísimos y tiernos sentimientos, sino una fuente inagotable de eficaces y positivos consuelos en la horas supremas de amargura, que nos ayudan á soportar las innumerables penalidades de la vida, cuyos sinsabores comenzó á gustar el divino Niño desde el establo de

Belén, á do concurrimos en espíritu con los Pastores, para embelesarnos con sus graciosas sonrisas, para escuchar sus primeros tiernos gemidos, para contemplar el arrobamiento de sus dichosos Padres, allí en la apartada Gruta, resplandeciente con las luces celestiales, inundada de armonías desconocidas hasta entonces, pues son eco de los angélicos cantares que arrullan esa cuna ignorada del mundo, á do concurrimos de la misma manera con los Magos venidos del Oriente á adorar reverentes al recién nacido Infante, para ofrecerle como ellos la mirra de la amargura de nuestros corazones contritos, el incienso de nuestras sentidas plegarias y el oro de nuestro acendrado amor.

¿Quién, por endurecido que tenga el corazón, no se enternece ante esa pobre Cuna, en que el Verbo hecho carne se aparece á nuestras atónitas miradas, débil, miserable, sufriente, enmudecido, El, que es Palabra de vida eterna, sólo por nuestro amor? ¿Quién ante esa Cuna, que contiene el cielo, con el poder mágico del recuerdo, no se trasporta al hogar paterno y evoca las sencillas y patriarcales escenas de sus primeros años, cuando sin

hiel en el alma, sin lágrimas de pesar en los ojos, soñando despierto, se contempla embebecido el retablo del Nacimiento, con que la sincera piedad celebra las fiestas de Navidad? ¿Quién, desde entonces, no aprende á detestar la crueldad y la tiranía, al ver las sañas del impío Herodes, que manda degollar á los niños inocentes, con los cuales nos creemos identificados? ¿Quién no olvida sus tristezas, las alegrías transitorias de esta vida, y hasta los ensueños de gloria mundana, ante esa Cuna adorada, para soñar con la realidad de la vida eterna? Yo que tengo la dicha de conservar las Imágenes de la Sagrada Familia con que mis piadosos abuelos *ponían el Nacimiento*, al orar ante ellas, á todas horas, recuerdo, sin quererlo, los días ya bastante lejanos de mi niñez y, bendiciendo la memoria de los seres queridos que me enseñaron á balbuciar los dulcísimos nombres de Jesús, de María y de José, ruego por el eterno descanso de sus almas. Y cómo nó? si después de estos Santos Personajes, á ellos debo principalmente la única felicidad de mi vida, mi tesoro más preciado, el Sacerdocio.

Mas olvidando este desahogo de filial ter-

nura volvamos la mirada al hogar de Nazaret en donde Jesús pasó ignorado los primeros años, y llegado á la pubertad, después de disputar con los doctores en el Templo de Jerusalén, *desciende*, según la expresión del Evangelio, para ocultar los esplendores de la Divinidad en el taller de un oscuro artesano. En Nazaret, por más que parezca extraño, vive desconocido el Hijo de Dios durante treinta años, la época más hermosa de la vida, sin goces tumultuosos, sin pompa, sin honores y sin gloria, *estando sujeto* á sus padres, pobres menestrales, que adquirirían el pan cotidiano con el trabajo de sus manos, viviendo en el retiro, cuando hubiera podido desde el principio anunciar con aparato ruidoso su doctrina, atrayéndose á los hombres con su elocuencia, con sus ejemplos, con sus milagros.

Si el fin de la Encarnación fue la salvación de la humanidad, es indudable que la vida oculta de esos treinta años es más gloriosa á Dios que las más grandes maravillas; es indudable que la obra de la redención exijiese el silencio, el retiro y la vida oculta por tanto tiempo. Esta consideración confunde á la prudencia munda-

na, que quiere que sus obras buenas sean conocidas y alabadas de las gentes, y nos hace comprender que el Eterno Padre prefiera esta oscuridad de vida á los portentos de una existencia brillante, lo mismo que la perfección y el mérito del cristiano no estrivan *en hacer ni aun en sufrir grandes cosas por Dios, si no en no querer, ni hacer, sino lo que le agrada!*

El taller del carpintero José es para el cristiano una escuela en donde aprende todas las virtudes practicadas por el Hijo del hombre, y sus padres, quienes con sus obras nos enseñan á ser humildes, castos, pacientes y sufridos, nos enseñan principalmente á amar el trabajo, que no solamente es un medio de subsistencia, sino también un preservativo contra el vicio y, lo que es aun más, un medio muy cómodo de agradar á Dios, puesto que trabajar es orar, según lo asegura un Santo. Jesús, viviendo una vida oscura y retirada, cuando ha podido vivir en el fausto y en la opulencia, despreciando al mundo y sus vanidades que halagan los sentidos, y deprimen las santas aspiraciones del espíritu, escoje una condición social vista con desdén por los poderosos, para poder

atraerse a las almas todas y llevarlas, en elevaciones sublimes, hacia el cielo, para unir las á su Padre por la religión sobrenatural, con los estrechos vínculos del amor.

Esto no quiere decir que solo este género de vida sea agradable al Todopoderoso, pues llegado el tiempo prefijado en sus inescrutables designios, sale de la oscuridad el Hijo de María, como respondiendo al anuncio de su Precursor Juan Bautista, *de la Voz del que clama en el desierto*, y aparece en las riberas del Jordán, en las orillas del mar de Galilea, en los campos, en las villas, en las ciudades, enseñando una nueva doctrina, consolando á los tristes, dando salud á los enfermos, resucitando á los muertos, perdonando á los pecadores arrepentidos, comiendo con los publicanos, evangelizando á los pobres, obrando toda clase de milagros y dejando á su paso, por todas partes, un reguero de luz y de amor; y en medio de sus trabajos evangélicos, de sus predicaciones, de sus persecuciones en sus triunfos, al anunciar El mismo el reino de los cielos que se aproxima, no hace más que poner de manifiesto las virtudes ocultas en su morada de Nazaret y descubrir



la plenitud de la Divinidad que habita en Él, desde el primer instante de su milagrosa encarnación.

Todas estas maravillas que demuestran el carácter del Mesías, glorificando á Dios de una manera más ostensible, nos presenta una nueva faz de la grandeza de Aquel que, siempre humilde, pobre y modesto, quiere ser nuestro modelo, nuestro guía en el camino del cielo, á cuyo reino no se puede entrar sin violencia, sin ser reengendrado por el Espíritu divino y sin vivir una vida enteramente nueva.

El motivo más poderoso de credibilidad y persuasión que ofrece á uno de sus discípulos, salido de la escuela de los Fariseos, y en él á cada uno de nosotros tan irresolutos cuando se trata de seguir al divino Maestro, está compendiado en una página del Evangelio: "Vosotros debéis creerme, dice, porque por sublime que sea mi doctrina, ella es verdadera, puesto que yo mismo la he bebido en el seno de la Divinidad. Ninguno ha subido al cielo, sino aquel que ha descendido de él; sólo el Hijo del Hombre es el que puede instruiros perfectamente de las cosas del cielo, en razón de que siendo verdadero Hijo de Dios, nadie más

que El ha estado allí: El es el que sin dejar el cielo, donde está siempre por su divinidad, se ha hecho visible sobre la tierra y se ha hecho hombre para enseñar á los hombres las verdades de la salud. Yo sé, continúa, que siendo como son estas verdades superiores al alcance del entendimiento humano, encuentran ahora pocos espíritus dóciles y que sólo por mi muerte abrirán los hombres los ojos á la verdad; porque así como Moisés, por orden de Dios, levantó en el desierto la Serpiente de bronce, colocándola en lo alto de una vara para que fuese para todos los que la mirasen un remedio seguro contra la mordedura de las serpientes, así es menester también que el Hijo del Hombre, de quien aquella Serpiente misteriosa era figura, sea del mismo modo levantado, esto es, que sea clavado en la Cruz, para curar á todos de las heridas del pecado, y por consiguiente para librarlos de la ceguera espiritual de la que el pecado es la causa principal y para salvar á los que creyeren en él: porque Dios ha amado al mundo hasta dar á su Hijo único, á fin de que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna." (SAN JUAN.)

Estas sublimes palabras, que hicieron de Nicodemus un creyente sincero, nos deben impulsar á seguir como éste á Jesús hasta el Calvario, por el sacrificio, hasta embalsamar su cuerpo sacratísimo con los aromáticos unguentos de la caridad, para colocarlo en el sepulcro de nuestro corazón, comulgando dignamente, pues sólo así seremos miembros de su familia y herederos de su gloria.

Acercarnos á Jesús, por medio de María y José, ha sido el fin de la Santa Sede al reglamentar últimamente la devoción de la Sagrada Familia, que se ha establecido canónicamente en la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen de esta ciudad de Sta. Tecla, en donde sus numerosos asociados le han consagrado un espléndido Altar, testimonio de una fé sincera y coronamiento de los continuos esfuerzos de su piadoso Director.

El principal documento de erección, dice así: Palacio episcopal, San Salvador, octubre 12 de 1894.—Sr. Pbro. doctor don José E. Argueta, Rector del Seminario Conciliar-Santa Tecla.—Hoy se ha emitido el acuerdo que dice: "Palacio Episcopal: San Salvador, octubre 7 de 1894, Es-

tando recomendada por Nuestro Santísimo Padre el Señor León XIII la fundación, en todas las Diócesis del mundo, de la piadosa Asociación de la Santa Familia; y en el deseo de que nuestros diocesanos participen de las ventajas espirituales concedidas á los que en ella se inscriban, acordamos: fundarla en este Obispado; y en consecuencia nombramos Director diocesano de dicha Asociación al Pbro. Dr. don José E. Argueta, Rector de nuestro Seminario Conciliar, quien procederá á darle la organización correspondiente, conforme á los Estatutos aprobados por la Santa Sede en 14 de junio de 1892, y se pondrá en relación con los párrocos del Obispado, para que éstos, en virtud del encargo especial que el Sínodo Diocesano les ha hecho sobre el particular, en el decreto número 159, presten su eficaz cooperación en la parte que les corresponde, á fin de realizar los importantes fines de la obra. El Obispo, || Por su mandato, Roque Orellana, Pro-Srio. Hay dos rúbricas: Lo que transcribo á U. para su conocimiento, suscribiéndome su atto. servidor y Capellán. Roque Orellana, -Pro-Secretario."

Los Estatutos, Indulgencias y Privilegios de la Institución, lo mismo que la Novena de la Sagrada Familia se ha repartido en bonitos opúsculos con profusión, y son bastante conocidos de los fieles, por lo cual nos limitamos á recomendar su lectura, seguros de que ella sola es suficiente para hacernos cara una Asociación de suyo tan benéfica y simpática.

Agrupémonos, pues, presurosos en el Hogar bendito de la Santa Familia de Nazaret, y olvidemos al mundo, y considerándonos como extranjeros en la tierra, "*incola sum ego in terra,*" [Salmo 118] usemos de la vida como fieles hijos de Dios, exclamando de lo íntimo de nuestra alma: "*Padre nuestro, que estás en los cielos, venga á nos el tu reino;* y así escucharemos de los labios del Cristo estas consoladoras palabras:" Si el mundo os aborrece sabed que me ha aborrecido á mí antes que á vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo. Mas porque no sois del mundo, antes yo os escojí del mundo, por eso el mundo os aborrece." Y luego nos hará sentir la eficacia de su tierna plegaria. "Padre Santo....el mundo los ha aborrecido porque ellos no son del mun-

do, como yo no soy del mundo. Yo no ruego, para que los saqueis del mundo, sino para que los guardéis del mal. Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo. Santifícalos en su vida.”—[EVANGELIO DE SAN JUAN.]

Santa Tecla, marzo de 1900.





# LA SAGRADA FAMILIA

PRIMERA MEDITACIÓN

## MARIA

Del Creador la admirable Providencia,  
Al condenar al hombre desgraciado,  
Compadece su pobre descendencia  
Sellada con la mancha del pecado;

Y le ofrece á su débil compañera,  
Que sus dolores vívidos presiente,  
Que de su prole nacerá, hechicera,  
La que herirá de muerte á la Serpiente.

Y esa promesa, que jamás fué vana,  
A la tierra y al cielo reconcilia,  
Y hace nacer la sociedad humana,  
Dando base inmortal á la familia.

Desde el principio el Dios de las bondades  
Se encarga de velar por su existencia,  
Y, al castigar del hombre las maldades,  
A los Patriarcas guarda en su presencia

Sin cesar les recuerda su promesa,  
Hace lucir el *Iris* de esperanza,  
Al hablarles oculta su grandeza,  
Y hace con uno el pacto de su Alianza.

Entre todos los pueblos uno elije,  
Para guardar su Ley, las profecías,  
Y si es verdad que á veces le corrije,  
Es para recordarle á su Mesías.

Y escoje una familia que coloca  
En el trono real, y en el Santuario  
Su santo Nombre con piedad invoca,  
Ante el pueblo, su fiel depositario.

Y el Profeta Real, hecho á medida  
Del corazón de Dios, tiene la gloria  
De anunciar, con el alma conmovida,  
Que del bien se aproxima la victoria;



Y oye al Señor, que á su Señor le dice,  
Que se siente á su Diestra, pues ha sido  
Engendrado en su seno, muy felice,  
Para que sea Sacerdote, unguido,

Según el orden místico y servicio  
A que Melquisedec fué consagrado,  
Para ofrecer el santo Sacrificio  
En el pan y en el vino figurado.

Empero, los directos descendientes  
De Sacerdotes, Reyes y Patriarcas,  
En el olvido viven de las gentes,  
Sin que abundancia de oro haya en sus arcas.

Viven en Galilea Joaquín y Ana  
Gozando de decente medianía,  
Mas disfrutan de dicha sobrehumana  
Con ser ellos los padres de María.

Es esta tierna y púdica doncella  
La flor de Nazareth más delicada,  
Del Sol divino precursora Estrella,  
La Virgen de Israel tan deseada.

De un modo milagroso concebida,  
De toda mancha de pecado exenta,  
Está predestinada á dar la vida  
Al que la gracia en su creación ostenta.

Siendo en cuarenta siglos presagiada  
En los cantos de todos los Videntes,  
Ha sido en la Escritura figurada  
Por las santas mujeres más salientes.

Del Paraíso en la naciente aurora  
A diseñarse su existencia empieza,  
Y cuando llega del castigo la hora  
De nuestros padres calma la tristeza.

Y los hijos de Seth la ven de lejos,  
Con instancia le piden pronta ayuda,  
Y de la Fe divina á los reflejos  
La humanidad antigua la saluda.

En Ella ve Abraham que están reunidas  
Las bendiciones de su larga prole;  
David y Salomón las ven cumplidas,  
Antes que el Cristo por amor se inmole.

El santo Solitario del Carmelo,  
En blanca nube, la entrevé radiante,  
Como otra vez, al desgarrarse el cielo,  
Isaías contempla su semblante.

Es María la virgen que el Esposo  
Enamorado llama su paloma,  
Aurora de ese Sol esplendoroso  
Que pura luz en el Oriente asoma.

Eva es, trocado en Ave el primer nombre,  
Con la misma inocencia, casta y pura,  
De otro Adán compañera, del Dios-Hombre,  
Que se complace al ver tanta hermosura.

Sara, Rebeca, con Raquel amante,  
Débora, Jael, como Noemi y su nuera,  
Son sus figuras, con Judith triunfante,  
Y Ester, que á Asuero con su gracia impera.

De su bello semblante la dulzura,  
Que da á su sér un mágico atractivo,  
Es reflejo de su alma casta y pura,  
Donde Dios vive de su amor cautivo.

Mas Ella humilde, del hogar paterno  
La dulzura olvidando y las delicias,  
Busca el Santuario augusto del Eterno,  
Para ofrecer de su alma las primicias.

Aunque de tierna edad, al pie del Ara  
Por sus piadosos padres conducida,  
Ante el sumo Pontífice, declara,  
Que consagra á Jehová toda su vida.

De manera solemne consagrada,  
Entre todas las vírgenes descuella,  
Siendo por sus virtudes apreciada,  
Cuando es, por su figura, la más bella.

Jamás se vió conjunto tan cumplido  
De tantas y tan raras cualidades:  
Nadie como Ella tan modesta ha sido  
Y agena á las mundanas vanidades.

Allí, en la soledad, al mundo olvida  
Y ama al Señor con sus potencias todas,  
Y en éxtasis continuo, embebecida,  
Con El celebra sus celestes Bodas.

## SEGUNDA MEDITACIÓN

---

### MARIA Y JOSE

---

En tanto que la Virgen, en el Templo,  
Más que en edad en la virtud crecía,  
Dando á sus compañeras buen ejemplo,  
De los Angeles siendo la alegría,

El anciano Joaquín y Ana, su esposa,  
A la tierra pagaron su tributo  
Y al ir de Abraham á la mansión dichosa,  
Cubrióse la Hija de tristeza y luto.

Mas pronto mitigóse su tristura,  
Animada de férvida esperanza,  
Pues su amoroso corazón augura  
Que gozan ya la eterna Venturanza

Entonces el cariño y los cuidados  
Aumentan de sus deudos y tutores,  
Que en Ella contemplaban admirados  
Los prodigios del cielo y sus favores.

Y cuando en su persona resplandece  
De la núbil edad el dulce hechizo,  
Piensan que, aunque ninguno la merece,  
Darle esposo, cuanto antes, es preciso.

Y si Ella no descubre, ruborosa,  
El voto que en secreto á Dios hiciera  
De conservarse virgen, religiosa,  
Sirviéndole sólo á El mientras viviera,

Ellos, al comprender la trascendencia  
De un asunto tan grave y delicado,  
No la quieren privar de descendencia,  
Que ser pudiera el Cristo tan deseado;

Y obedeciendo á inspiración divina,  
Sin descuidar el uso soberano,  
Entre la parentela más vecina  
Escojen al más digno de su mano.

Según piadosa tradición, parece  
Que un milagro pasmó á los concurrentes,  
Pues solo el ramo de José florece  
Contrastando los de otros pretendientes

Mientras, la joven púdica, que es nido  
De afectos que traduce su plegaria,  
Pide al divino Esposo, que ha poseído  
Su corazón, la gracia necesaria,

Para vivir en virginal pureza,  
Presintiendo que, acaso, no es remoto,  
Que el que será guardián de su belleza  
Está ligado con el mismo voto.

Y es la verdad, pues si José consiente  
En celebrar su casto desposorio,  
Es que inspirado, en su interior, presente  
Que es su consorte de la gracia emporio.

Sin haberse encontrado sus miradas,  
Sus virginales almas se comprenden,  
Y, en el amor divino unificadas,  
En rauda vuelo al infinito ascienden.

¿Quién ha podido imaginar siquiera  
Los sublimes coloquios de esas almas  
Más tiernos que la queja lastimera,  
De la torcaz que arrulla entre las palmas?

Sólo el que dió palabra al sér humano,  
E inventó de los cielos el idioma,  
Decifra de esas almas el arcano,  
Que ocultan con arrullos de paloma.

El, que castos y puros los ha creado,  
Desde el cielo, los cubre con su sombra,  
Y la tierra, á su paso, ha tapizado  
De nardos y azucenas con alfombra.

Ambes iluminados por la gracia  
Ponen en el Eterno su confianza,  
Sin temer del demonio la falacia,  
Ni del mundo engañoso la mudanza.

Pobre José de bienes de fortuna,  
En condición humilde de artesano,  
Vive olvidado de su noble cuna,  
Sin que de él se preocupe el mundo vano.

Pero eso no impedía que ejerciera  
En los propiosy extraños grande influencia,  
La que el hombre virtuoso, por doquiera,  
Hace sentir con sólo su presencia.



Hasta entonces, como él, ninguno ha sido  
Tan rico de virtudes y fé pía,  
Y ninguno, como él, ha merecido  
La dignidad de Esposo de María.

A pesar del amor extraordinario  
Que á la virtud de la pureza tiene,  
Consiente en desposarse voluntario,  
Mas después con su Esposa se conviene,

En que, guardando su secreto oculto,  
De su virginidad será el custodio,  
Para evitar las burlas y el insulto  
De los que ven la castidad con odio.

Y la virginidad se une y enlaza  
A la virginidad de tal manera,  
Que la razón su límite traspasa  
Cuando ese arcano penetrar espera.

En tiempos anteriores la promesa  
De observar castidad era inaudita:  
En la ley natural ni una se expresa,  
Como en la ley mosaica no está escrita.

Pues si Daniel, al par que otros videntes,  
Como Eliseo y el profeta Elías,  
Se conservaron puros, continentes,  
Reprobando del mundo las orgías,

No consta que estuviesen obligados  
A tan perfecto estado de abstinencia,  
Como José y María que, casados,  
Vivieron en entera independencía.

Por eso el Evangelio á José nombra,  
En elogio sublime, *varón justo*,  
Yaunque insensata la impiedad se asombra  
Siente que ejerce ministerio augusto.

El con Jesús y con su Madre pura  
Compartió el sufrimiento y la alegría,  
Y ahora glorioso, en la celeste altura,  
Escucha el ruego que el dolor le envía.



### TERCERA MEDITACIÓN

---

## JESUS, MARIA Y JOSE

---

A los ojos del mundo preocupado,  
El matrimonio de José y María,  
Sin despertar envidias, descuidado,  
Con sus deberes de piedad cumplía.

En el silencio del retiro ofrecen  
Sus oraciones al Señor propicio,  
Y aunque piensan que tanto no merecen  
Se consagran del todo á su servicio.

Sin dar mucha importancia á la materia,  
Hacia el cielo su espíritu dirijen,  
Y sintiendo del hombre la miseria  
Su inmensidad comprenden, y se afligen.

Y en sus ruegos continuos y fervientes  
Expresan de sus almas el anhelo,  
E invocan al Deseado de las gentes,  
Que á la tierra dará paz y consuelo.

Comprendiendo las Santas Escrituras,  
Mejor que los Profetas y Patriarcas,  
Sienten que se realizan las figuras,  
Y que la luz va á verse en sus comarcas:

De Zabulón y Neptalí las tierras  
De gozo y de alegría se estremecen,  
Y Ellos ven que en las cumbres de sus sierras  
Las luces del Oriente resplandecen.

Y aumentando su afán y sus anhelos,  
Computando del tiempo las edades,  
Presienten que, rompiéndose los cielos,  
Va á descender el Dios de las bondades.

Y el Verbo se hace carne en las entrañas  
De la Virgen bendita, que se asombra  
Del Angel al oír frases extrañas,  
Cuando el Señor la cubre con su sombra.

Y en su seno, más blanco que el armiño,  
Acaricia á Jesús la Virgen Madre,  
Mientras José, llegándose al Dios niño,  
Las veces hace de su Eterno Padre.

¡Oh! misterio insondable de ternura,  
Prodigio de justicia y de clemencia;  
Jamás podrá la mísera criatura  
Conocer la infinita Omnipotencia!

La tierra ve, con pasmo, realizadas  
Del pueblo de Israel las profecías,  
Y con amor dirige sus miradas  
A la Virgen fecunda de Isaías.

¡Enmanuel! con nosotros Dios habita,  
Compasivo se llama nuestro hermano:  
¡Sea por siempre su piedad bendita!  
¡En silencio adoremos su hondo arcano!

En todo semejante á su criatura,  
Menos en el pecado y la malicia,  
Compartiendo sus penas y amargura,  
Quiere cumplir del cielo la justicia.

Infante, en la niñez, cuando es adulto,  
En la viril edad, sufre y suspira,  
A su Padre le rinde humilde culto  
Y sólo á hacer su voluntad aspira.

Nacido de una virgen, la más pura,  
A los vírgenes ama, porque El mismo  
Virgen es, y el modelo ser procura  
De los heroes que forme el cristianismo.

Hijo de Dios y de la Virgen casta,  
La candidez del niño en todos quiere;  
La virtud sin pureza no le basta,  
Y es la virginidad la que prefiere.

Y esta virtud que fortalece el alma  
Ha tenido sus mártires egregios,  
Que, al recoger la duplicada palma,  
En coro aparte entonan sus arpegios.

Y el esposo feliz de esa doncella,  
Del Hombre—Dios el padre putativo,  
Tiene en la frente del pudor la huella,  
Que da á su faz un místico atractivo.

Y Jesús, el humilde Nazareno,  
El amor de sus padres corresponde,  
Y bajo su exterior dulce y sereno  
De la Deidad la plenitud esconde.

Al hablar de su origen, que oscurecen  
Las sombras pavorosas del misterio,  
Las proféticas Arpas enmudecen  
Y no vibran las cuerdas del Salterio.

Y para dar idea aproximada  
De su Sér en la vida transitoria,  
Dispuso que quedara consignada  
Del Evangelio en la inspirada Historia.

De su vida los cuatro Historiadores,  
Al hacer su semblanza peregrina,  
Rodeados de celestes esplendores,  
Han recibido inspiración divina.

Y su imagen, grabada en la conciencia  
De los que creen en su palabra santa,  
A las almas les da clarovidencia  
Y del cieno del suelo las levanta.

Pues Jesús, que ha vivido en el pasado,  
Que vive venerado en el presente,  
Será en los siglos todos adorado,  
Porque vive en el Padre eternamente.

Con su ejemplo admirable nos enseña  
Cuando en la tierra con el mundo lidia,  
Desoyendo su voz tan halagüeña,  
Del infierno venciendo la perfidia.

Cuando el Pueblo judío entusiasmado  
La venida esperaba del Mesías,  
Como Rey lo esperaba, rodeado  
De gloria, de poder y de alegrías;

Y El, burlando del mundo la locura,  
Sin aparato viene, de improviso,  
Y viviendo en la tierra vida oscura  
De sus padres la voz oye sumiso.

Y es que quiere enseñarles á los hombres  
El áspero camino de la Cruz,  
Que divisamos, al oír los nombres  
De José de María y de Jesús.





CUARTA MEDITACIÓN

LA SAGRADA FAMILIA EN  
BELEN

Después que, en Nazaret, Gabriel anuncia  
Su embajada á la Virgen escogida,  
Ella su propia voluntad renuncia  
Para que sea la de Dios cumplida.

María siente que ardoroso fuego  
Su corazón caritativo anima,  
Y va á los montes de Judea luego,  
Y visita á Isabel su amada prima,

Para santificar con su presencia  
Al niño que la anciana ha concebido,  
Y publica de Dios la omnipotencia,  
Que á su esclava sumisa ha engrandecido.

Y cuando vuelve á los paternos lares,  
Para vivir al lado de su esposo,  
Descubre que recónditos pesares  
Nublan la frente del varón virtuoso.

Y aunque Ella, entre zozobras, adivina  
La causa de sus ansias y temores,  
Confiando sólo en la Bondad divina,  
Se ocupa en sus domésticas labores.

Entre tanto José, siempre indeciso,  
Resuelve abandonarla ocultamente;  
Pero un Angel, en sueños, le da aviso  
De lo que acaso su piedad presente;

Y le ordena así mismo el Angel bueno,  
Que reciba á la Esposa que ha culpado,  
Pues lo que lleva en su virgíneo seno  
Hijo del Dios de Israel será llamado.

El mandato obedece, en el instante,  
Del Real Profeta el pobre descendiente,  
Y su calma revela en el semblante  
Y el casto amor que por la Virgen siente.

Augusto, entonces, que en el mundo impera,  
Para gloriarse en su poder, dispone  
Que en su extenso dominio, por doquiera,  
Cada cual, por familias, se empadrona.

Y José que, aunque vive en Galilea,  
Es de la casa de David oriundo,  
Con su consorte parte á la Judea,  
Do está Belén, en un rincón del mundo.

Al fin, después de dilatado viaje,  
Llega á su patria, y busca, entre parientes  
Y conocidos, mísero hospedaje,  
Que le niegan talvez indiferentes;

Y, de buscar en vano ya cansado,  
Albergarse resuelve en una gruta,  
Que está junto á un portal desmantelado,  
Término dando á su penosa ruta.

Lejos, allí, del mundanal bullicio  
Junto al pesebre en que las bestias moran,  
Sin aspirar á comprender el juicio  
Del Sér Supremo, su asistencia imploran;

Y mientras que José, saliendo fuera,  
Se ocupa en aliviar su triste suerte,  
Escucha que su dulce compañera  
Que ha dado á luz al Redentor le advierte.

¡Ven! ¡ven! le dice, con melífluo acento,  
A contemplar la célica hermosura  
Del Niño-Dios, que, en su primer aliento,  
La vida vuelva á su infeliz criatura:

Ven, sin tardanza, á venerar la cuna  
En que gime aterido por el frío,  
Y lágrimas derrama, una por una,  
Que son del cielo divinal rocío:

Vé la sonrisa en sus rosados labios,  
Cómo eleva sus manos hácia el cielo,  
Implorando el perdón de los agravios  
Que el hombre le hace en el mezquino suelo!

Y el varón justo su razón reprime  
Al contemplar tan grandes maravillas,  
Y arrebatado en éxtasis sublime,  
Se postra, ante la cuna, de rodillas.

Entonces, los Esposos extasiados  
Oyen los cantos llenos de armonía  
Que entonan los Espíritus alados  
Anunciando á los hombres su alegría.

Y los mismos angélicos cantares  
Escuchan esa noche unos pastores,  
Que, ignorando del mundo los azares,  
Van á ser del Dios-Niño adoradores:

En un pesebre le hallan reclinado,  
Como indican las señas celestiales,  
De los grandes y sabios olvidado,  
Envuelto en pobres, míseros pañales.

Allí, dejando sus movibles tiendas,  
Dulcificando sus semblantes duros,  
Le presentan humildes sus ofrendas  
Y de sus almas los afectos puros.

Allí también, al tiempo prefijado,  
Cumpliendo con la ley de sus mayores,  
Circuncidan al Niño delicado,  
Que empieza á padecer crueles dolores.

Y le imponen el nombre que han oído  
Al Angel pronunciar con reverencia,  
El mismo que en el cielo él ha aprendido,  
Estando del Señor en la presencia:

El nombre de Jesús, que en el infierno.  
En el planeta nuestro y en la Gloria,  
Ecos despierta de sonido eterno,  
Ejerciendo una influencia que es notoria,

A ese establo se mira, sin sorpresa,  
Que del Oriente llegan los Monarcas,  
Que, descubriendo humildes su cabeza,  
Ofrecen á Jesús preciosas arcas,

Que contienen aromas exquisitos,  
Del más fino metal rico tesoro,  
Simbólicas ofrendas de sus ritos:  
Incienso y mirra y del Ofir el oro.

Y los Padres del Niño venerado  
De Pastores y Reyes ven los dones,  
Los aceptan, sonriendo con agrado,  
Y derraman ante El sus corazones.



QUINTA MEDITACIÓN

---

LA SAGRADA FAMILIA EN  
JERUSALEN

---

Cuán dulces sentimientos la Fe inspira  
De Belén en la gruta solitaria  
Al que su ambiente embalsamado aspira,  
Levantando á los cielos su plegaria.

Todo despide allí suave perfume  
De candor, de alegría y de inocencia,  
Semejante al del oleo que consume  
La lámpara que da su grata esencia.

El que visita ese feliz Santuario  
Permanecer en él siempre quisiera,  
Y, sintiendo el olor del incensario,  
De allí elevarse á la invisible esfera.

La mente del cristiano no podría  
Imaginar los castos embelesos  
Que la santa Pareja sentiría  
Acariciando al Niño con sus besos,

Y menos figurarse la tristura  
Al tener que dejar esos lugares,  
Donde ha escuchado, llena de ternura,  
De los Coros celestes los cantares.

Mas cumplir con la Ley es necesario,  
Y de Jerusalem por el sendero,  
Divisando la cumbre del Calvario,  
Van los consortes con semblante austero.

Hacia el Templo sus pasos encaminan  
Flaqueando, á su pesar, sus almas puras,  
Que talvez inspiradas adivinan  
Del negro porvenir las amarguras.

La hija de Sión, Jerusalem la hermosa,  
A sus ojos turbados se presenta,  
Como reina en su trono, esplendorosa,  
Que ante las gentes su poder ostenta.

Sus Bardos, á porfía, han celebrado  
Sus gracias y su espléndida belleza,  
Y junto con su ruina han presagiado  
De su destino la inmortal grandeza,



Jerusalem, que iluminarse espera  
Con esplendores místicos, divinos,  
Recibe en su recinto, placentera,  
A los pobres y humildes peregrinos,

Quienes llegando al pórtico suntuoso  
Del Templo que Israel ha construido,  
Para ofrecer al Todopoderoso  
Los votos de su amor agradecido;

Sin pretender que su pudor se ofenda,  
Como está en la Escritura preceptuado,  
Dos tórtolas presentan como ofrenda,  
Sacrificio legal por el pecado.

Es verdad que María no ha incurrido  
En la mancha común á los mortales,  
Lo mismo que su Hijo, que ha nacido  
Sin perder sus encantos virginales;

Mas Ellos, aunque el mundo no se esplica  
Su proceder, nos sirven de modelo,  
Pues Ella, sin pecar, se purifica,  
Y rescata por precio al Rey del Cielo.

En el Templo, á do asisten con frecuencia  
Para orar fervorosos, á toda hora,  
Dos ancianos están, con insistencia  
Repitiendo con voz conmovedora,

La súplica frecuente y cotidiana,  
Por más que el pueblo su insistencia note:  
Son, la inspirada profetiza Ana  
Y Simeón el viejo Sacerdote.

Este tomando en sus cansados brazos  
Al Niño que sonrío dulcemente,  
En sus transportes de placer no escasos  
Esclama, con palabra balbuciente:

“Ahora, Señor, despides á tu siervo  
Con toda paz, conforme á tu promesa,  
Pues con mis ojos tu salud observo,  
Cuando su encanto á descubrir empieza,

La cual, estaba de antes preparada  
Para hacerla á los pueblos más notoria,  
Lumbre, que á los gentiles revelada,  
De tu pueblo de Israel será la gloria.”

Y los Padres estaban sorprendidos  
De las cosas que de El se referían,  
Y sintiendo sus pechos conmovidos  
En silencio al Eterno bendecían.

Y luego que el anciano les bendijo,  
Con reverencia, en ademán modesto,  
A María, su Madre tierna, dijo:  
“He aquí, que el Niño ha sido puesto,

Para ser ocasión de la caída  
Y elevación de muchos en Judea,  
Para ser la señal contradecida  
Del que insensato á la verdad no crea.”

“Y una espada, le dice, en triste acento,  
Herirá de Tí misma tu alma pura:  
Descubriéndose, entonces, el pensamiento  
De los hombres que causen tu amargura.”

Y la hija de Phanuel, la anciana viuda,  
Que en el Templo servía noche y día,  
Aunque al principio permanece muda,  
Alaba al Redentor con alegría.

Mas tarde, en ese Templo en que resuena  
Del Profeta real la salmodía,  
Después que le han perdido con gran pena,  
Encuentran á Jesús, José y María:

Con los Doctores habla de su ciencia,  
Con sencillez y gracia peregrina,  
Donde después, con férvida elocuencia,  
Anuncia á los judíos su doctrina.

Jerusalem le ve llegar triunfante,  
Y sus palabras oye con fastidio;  
Y sedienta de sangre, delirante,  
El gran crimen comete del *Deicidio*.

Jerusalem! Jerusalem! ya es hora  
De alzar, si puedes, la abatida frente:  
Para tu pueblo la piedad implora,  
Que oye Jesús la suplica doliente.



SESTA MEDITACIÓN

---

**HUIDA A EGIPTO.—DEGOLLACION DE HERODES**

---

Cuando, en silencio, el Hijo de María  
Vino al mundo sin pompa, sin honores,  
Y el Angel anunciaba la alegría  
De tan fausto suceso á unos Pastores,

En la bóveda azul del firmamento  
Apareció una estrella milagrosa,  
Que á unos Magos anuncia el nacimiento  
Del Hijo de la Virgen candorosa.

Estos príncipes sabios, conociendo  
De Balaan las antiguas predicciones,  
Presagian que el fenómeno estupendo  
Anuncia al que esperaban las Naciones.

Y de acuerdo los tres, desde el Oriente,  
Parten, sin dilación, ansiando píos  
Ofrecer homenaje reverente  
Al que es el nuevo Rey de los Judíos.

Y no bien se pusieron en camino  
Cuando advierten con gusto que la <sup>estrella.</sup>  
Sirviéndoles de guía, á su destino  
Les encamina con su luz tan bella;

Y de Jerusalem poco distante,  
Observan que se oculta de improviso,  
Y entrando en la Ciudad, van anhelantes  
A interrogar á Herodes, que al punto hizo,

Venir á su palacio á los Doctores  
Que conocen las santas profecías,  
Para calmar sus dudas y temores,  
Pues él cree que se trata del Mesías.

Y al saber que, conforme á la Escritura,  
En Belén de Judá nacer debía,  
Herodes á los Magos asegura  
Que él también á adorar al Niño iría.

Sin figurarse la intensión aviesa  
Del rey artificioso, nuevamente  
Caminan descubriendo, con sorpresa,  
De la estrella la luz resplandeciente,

Que á Belén les conduce, y que se para  
Sobre un pobre portal dismantelado,  
Junto á una gruta de estructura rara,  
Donde encuentran al Niño tan deseado.

Este estaba en los brazos maternos,  
Sin indicio exterior de su excelencia,  
Pero ellos, por avisos celestiales,  
Le adoran como Dios, con reverencia.

Y le ofrecen sus dones, con decoro,  
De la caída humanidad en nombre:  
Incienso como á Dios, como á Rey oro,  
Y aromática mirra como á hombre.

Y así como á Israel ve figurado  
En Pastores que bríndanle caricias,  
En las regias ofrendas, con agrado,  
Del gentilismo acepta las primicias.

Y después de adorar al tierno Infante  
Y admirar de sus Padres la fé pía,  
Advertidos por Dios, en el instante  
Vuelven á su país, por otra vía.

Viendo el impío Herodes que los Magos  
Ya no volvieron, satisfecho piensa,  
Que al ver fallidos sus presagios vagos  
Ocultar procuraran su vergüenza.

Pero, habiendo llegado á su noticia  
Lo que pasó del Templo en el Santuario,  
Pone el colmo mayor á la injusticia,  
Promulgando un decreto sanguinario:

Degollar manda á todos los infantes,  
De dos años abajo, que se hallaren  
En Belén y lugares circunstantes,  
Aunque en vano sus madres les amparen.

Para que así á la letra se cumpliera  
De Jeremías el presagio triste,  
Viendo á Raquel que llora lastimera  
Su amada descendencia que no existe.

Entonces á los cielos y á la tierra  
Se ofrece el espectáculo sublime  
De la grandeza que el martirio encierra,  
Cuando el Tirano á la inocencia oprime,



Y el amor maternal, tierno, inefable,  
Deja oír, con lamentos, su plegaria,  
Que, vagando en el éter impalpable,  
Aun resuena en la Gruta solitaria.

Los Niños Inocentes que el delirio  
De Herodes sacrifica á sus rencores,  
Son las ricas primicias del martirio,  
Del Cristianismo las tempranas flores.

Un Angel, entretanto, á José ordena,  
Mientras que duerme, que al instante lleve  
Al Niño y á su Madre á tierra agena,  
Puesto que Herodes le persigue alevé.

Y al Egipto sus pasos encamina,  
El aviso teniendo como cierto,  
Y atravesando toda Palestina,  
Arrostra los peligros del Desierto.

Lo que sufriera la Familia Santa  
En tan larga y penosa travesía,  
Nadie lo sabe, y con razón se espanta  
Al quererlo pintar la fantasía.

La Sagrada Escritura nada dice  
Acerca de ese viaje peligroso;  
Y sí indica su término felice,  
En la margen del Nilo caudaloso.

En cambio, la Leyenda ha poetizado  
Del destierro los varios episodios,  
Que el peregrino escucha consternado,  
Viendo del mundo los terribles odios.

En esa tierra, á los recuerdos cara,  
Famosa en los anales de la Historia,  
Se conservan los sitios que habitara  
La Sagrada Familia y su memoria.

Los Padres de Jesús allí gozarón  
Del general aprecio, aunque extranjeros,  
Y las patrias montañas no olvidaron  
En sus votós fervientes y sinceros.



SÉPTIMA MEDITACIÓN

---

**LA SAGRADA FAMILIA EN  
NAZARET**

---

Un Angel se aparece nuevamente,  
En sueños, al Patriarca desterrado,  
Que sus santos mandatos obedece,  
A su país volviendo apresurado.

Pero al saber que reira ya en Judea  
Arquelao, de Herodes descendiente,  
Retorna á Nazaret de Galilea,  
Para poder vivir tranquilamente:

Viéndose así el anuncio realizado  
Que del Egipto, de portentos lleno,  
Saldría un tiempo el Hijo bien amado,  
Que debía llamarse el Nazareno.

Aunque el santo Evangelio no refiere  
Detalles de la infancia del Dios Niño,  
Sin mucho discurrir, luego se infiere,  
Que siendo objeto del común cariño,

Pagaría de todos la ternura,  
Inspirando á las almas escojidas  
Las afecciones que el amor depura,  
De los justos tan sólo conocidas.

La razón en Jesús no necesita  
Del auxilio del tiempo, de los años,  
Para desarrollarse, pues habita .  
En El la ciencia no sujeta á engaños.

Desde el primer instante de su vida,  
Es la fior de aquel tallo peregrino  
De Jessé, de una planta bendecida,  
En la que posa Espíritu Divino:

Espíritu de gran sabiduría,  
De consejo y de clara inteligencia,  
De fortaleza, que es santa energía,  
Espíritu de piedad, temor y ciencia.

Al encarnarse, el Verbo ha consentido  
En asumir naturaleza humana;  
Pero no sus defectos, pues ha sido  
El tipo de la gracia soberana.

Como Dios, Jesucristo no podía  
Adquirir nada nuevo en su existencia,  
Ni perfección como hombre adquiriría  
Estando unido á la Divina Esencia:

Según la edad, podía dar señales  
Más ó menos sensibles, cada día,  
De su virtud y gracias celestiales,  
Y así es como se dice que crecía.

Empero, siendo niño, es bien constante  
Que, sin mostrar del hombre la arrogancia,  
A pesar del hechizo del semblante,  
Nada tenía propio de la infancia.

Todo es perfecto en El: sus pensamientos,  
Su ademán, sus palabras, sus acciones,  
Y de su corazón los movimientos  
Son otras tantas puras oblacones,

De mística alabanza sacrificios,  
Que ofrece al Padre con piedad sincera,  
Y que son á los cielos más propicios  
Que la oblación de la creación entera.

Por eso Dios, que amándose le ama,  
Que ha puesto en Él su eterna complacencia.  
No otro homenaje á la creación reclama.  
Pues conoce del hombre la indigencia.

Si el Padre celestial ve con encanto  
Del Cristo las sublimes perfecciones,  
¿Cómo ardería el fuego de amor santo  
De María y José en los corazones?

Ellos, dice el tercer Evangelista,  
Estaban admirados; y en confianza  
Diríanle al Señor, con el Salmista:  
*Es el silencio tu única alabanza!*

Por que es la admiración el sentimiento  
Que inspira á nuestras almas la grandeza  
De las cosas, que absorto el pensamiento  
No puede concebir, por su belleza.

*Los cielos de los cielos no Os contienen,*  
Dice el Profeta Rey en sus cantares;  
Y los Padres del Niño placer tienen  
En gozar de sus gracias singulares.

Porque el que ama y admira de sí mismo  
Se olvida, y, en arrobo sobrehumano,  
Se pierde del misterio en el abismo,  
Cual gota de rocío en el Océano.

Y mientras que los padres del Infante  
Lo que de El se decía meditaban,  
Lejos del mundo loco y delirante  
De las dulzuras de su amor gozaban.

La Virgen Madre, ilustre descendiente  
De regia estirpe, pasa la existencia  
Feliz en el hogar ocultamente,  
Arrobada de Dios en la presencia;

Sin preocuparse de que el mundo necio,  
Con audaz lijereza temeraria,  
Al Niño Dios mirara con desprecio,  
Creyéndola, á su vez, madre ordinaria.

José, entre tanto, sin pensar siquiera  
Que descende de Reyes, sin envidia,  
Ve correr su existencia placentera,  
Olvidando del mundo la perfidia.

En el pobre taller del artesano,  
Con alegría y con tesón, trabaja,  
Con hechos demostrando al mundo vano  
Que la honrada labor nunca rebaja.

Jesús también, el Hijo del Eterno,  
Santifica el trabajo con sus manos,  
Ayudando á José, su padre tierno,  
Para darnos ejemplo á los cristianos.

¿Quién pudiera contar las alegrías,  
De esas almas las dulces expansiones,  
Cuando el Verbo encarnado, en esos días,  
Las colmaba de tantas bendiciones?

Baste decir que en el Hogar bendito  
De Nazaret, con terrenales velos,  
Se aparecía al hombre el Infinito,  
El que mora en el Cielo de los Cielos.





OCTAVA MEDITACIÓN

**MUERTE DE JOSE**

Los prodigios que el Dios omnipotente  
Obra para su gloria en sus criaturas,  
Elevan la razón naturalmente,  
Causando al corazón fruiciones puras.

Mas lo que siente el hombre que pondera  
Del Señor las grandiosas maravillas,  
No lo puede expresar, aunque quisiera,  
Y en silencio se postra de rodillas.

En vano, pues, nuestra palabra humana  
Los secretos decir intentaría,  
Que Jesús, con su gracia soberana,  
A José revelara y á María.

El amor de las almas escogidas,  
Que Dios trata de un modo extraordinario,  
Es como luz que pónese á escondidas,  
Cual lámpara que alumbra en el Santuario.

Los bienes terrenales, á que aspira  
El corazón humano en su locura,  
Son falsos en sí mismos, son mentira,  
Y le traen no mas que la amargura;

Sólo el amor, la caridad divina,  
Puede saciar la sed que le devora  
De goces inefables, que adivina  
Cuando sumiso en el silencio adora.

El que llega á gustar de la dulzura  
Con que á los suyos el Señor embriaga,  
Repugna del placer la copa impura,  
Que gustara, talvez, en hora aciaga.

José y María, en éxtasis dulcísimo,  
De Jesus admiraban la inocencia,  
Y elevaban sus almas al Altísimo,  
Viviendo santamente en su presencia.

Sólo Ellos conocían el tesoro  
Que el cielo les había confiado,  
Mientras el mundo vano, sin decoro,  
Miraba su virtud con desagrado.

Cabe notar aquí, que hasta la Historia  
Nada refiere de la oculta vida  
de la Sacra Familia, que en la gloria  
vivía en Nazareth oscurecida;

Sino es que, de la Ley en observancia,  
Iba á Jerusalén, año con año,  
A celebrar la Pascua, circunstancia  
En que Jesús obró de un modo extraño:

Cumpliendo los doce años, que ha pasado  
En el hogar paterno, oscurecido,  
En el agosto 'Templo es encontrado  
Por sus padres que llóranle perdido:

Tranquilo interrogaba á los Doctores,  
Que, al ver de sus respuestas la prudencia,  
Se hacen, sin ocultarlo, admiradores  
De su clara y precoz inteligencia.

Y enseña en su lenguaje tan conciso,  
Al responder á su amorosa Madre:  
Que, ante todo, ocuparnos es preciso  
En el servicio de su Eterno Padre.

Y después que ha mostrado los destellos  
De su divino Sér ligeramente,  
De su vida en los días los más bellos  
Obedece á sus Padres complaciente.

Volviendo á Nazaret, de nuevo emprende  
Del artesano humilde las labores,  
Y por eso se dice que *desciende*,  
Pues de su nimbo esconde los fulgores.

Jesús, á quien los Angeles del cielo  
Ofrecen complacidos sus servicios,  
No quiere de los hombres en el suelo  
Aceptar los mezquinos beneficios;

No asiste cuando joven á la escuela,  
Ni recibe enseñanza de sus sabios,  
Y, empero, al verlo todo el mundo anhela  
Escuchar la elocuencia de sus labios.

Y por eso más tarde el pueblo entero  
Preguntaba, sumido en la atonía,  
*¿Por ventura no es este el carpintero?*  
*¿Nos es, por ventura, el hijo de María?*

*¿No están entre nosotros sus hermanos,  
José y Santiago, con Simón y Judas?  
Siendo sus deudos mismos, sus paisanos,  
Los que exponían insultantes dudas;*

Pero en esta ocasión ya no se nombra  
Del Hombre Dios al padre putativo,  
Y es que, talvez, les falta ya su sombra  
A los seres que más le amaran vivo.

Poco antes que Jesús el Nazareno  
Cumpliera los treinta años, es seguro  
Que José el varon justo, el hombre bueno,  
Entregó a Dios su espíritu tan puro:

Durmióse en el Señor tranquilamente,  
Sin las ansias sentir de la agonía,  
Entre Jesús que mira sonriente  
Y su Esposa castísima, María.

Estos sintiendo su preciosa muerte,  
Que fué más bien el tránsito á otra esfera,  
Pusieron en la tumba el polvo inerte,  
Donde su eterno galardón espera.

Los Espíritus puros invisibles  
Vieron la muerte del Patriarca santo,  
Y mientras que Jesús, dulce, apacible,  
Enjuga de María el tierno llanto,

Parten del mundo, de miserias lleno,  
Dejando oír su melodioso acento,  
Y llevan su alma de Abraham al seno,  
Para que aguarde el santo Advenimiento.

Y cuando el Redentor sube glorioso  
A sentarse á la Diestra del Eterno,  
Le siguió el alma del más casto esposo,  
Del que fué para el Cristo padre tierno.

¡Oh! cuán dulce es pensar que en la última hora,  
Al descender á la región sombría,  
Su ayuda prestan, al que auxilio implora,  
Tanto Jesús como José y María!



NOVENA MEDITACIÓN

**LA SAGRADA FAMILIA EN GALILEA, SAMARIA Y LA JUDEA**

Quando ha llegado el tiempo en que debía  
El Salvador manifestarse al mundo,  
Debe haber consultado con María,  
A quien amaba con amor profundo.

Y después que el bautismo ha recibido  
De Juan, y que ha ayunado en el Desierto,  
A unos pocos discípulos reunido  
A su hogar vuelve, de su dicha cierto.

Allí estaba su Madre cariñosa,  
Que, al gozar en su amable compañía  
De goces inauditos, recelosa  
Sus inmensos dolores presentía.

Quando á anunciar había comenzado  
Del reino de los cielos la alma idea,  
Fué al festín de unas bodas convidado  
En Caná, población de Galilea:

Su Madre y sus discípulos sinceros,  
Unidos para siempre á su destino,  
Le acompañaron, siendo los primeros  
En notar que se agota pronto el vino;

Avisádoselo Ella con dulzura,  
Que su hora no ha llegado serio advierte;  
Mas mandando que traigan agua pura  
En vino, por milagro, la convierte:

Mostrando, de ese modo, hasta qué grado  
Llega su amor filial y deferencia,  
Pues aun antes del tiempo prefijado  
Hace lucir así su Omnipotencia.

Narrando el Evangelio las escenas  
Que tuvieron lugar en esos días,  
Es hasta minucioso; y nombra apenas  
Dos veces á la madre del Mesías:

La primera cuando oye que bendice  
Una persona de su Madre el seno,  
Y El contesta que, *es mucho más felice*  
*El que, escuchando á Dios, obra cual bueno;*



Y otra vez que anunciándole á su Madre,  
que llega con sus deudos más cercanos:  
*Qualquiera que obedecce aquí á mi Padre  
ése es mi Madre, dice, y mis hermanos:*

Respuestas que talvez parezcan duras  
A las frívolas gentes vanidosas,  
Pero que, vistas á las luces puras  
De la Fé, son profundas, misteriosas.

Las gentes á las cuales dirijía  
Su palabra, como hombre le veneran,  
Pero El aspira á más, pues que quería  
Que al Enviado de Dios reconocieran.

Desde que obra en Caná el primer portento,  
De Jesús es la vida una cadena  
De asombrosos prodigios, y su acento  
Hasta en el Templo de Jehová resuena.

*Haciendo el bien pasó sobre la tierra,*  
Dice conciso el Escritor sagrado,  
Y en esa frase, en realidad, se encierra  
El elogio más fino y acabado.

Y es digno de notarse especialmente,  
Que los milagros que obra en Palestina,  
Si efectos son del Brazo Omnipotente  
Más bien revelan la Bondad divina.

Un día en que las turbas, en ayunas,  
Por oírle mostraban sus afanes,  
Viendo sus exigencias importunas,  
Multiplica unos peces y unos panes.

Compadece á los niños desvalidos,  
A los enfermos presta su asistencia,  
Y los cojos, leprosos y tullidos  
Recobran la salud con su presencia.

Ya cerca de Naim halla una viuda,  
Que lamenta la muerte de su hijo,  
Y, sus lágrimas viendo, va en su ayuda  
Y “*Levántate,*” al joven muerto, dijo;

Y el joven se levanta en el momento,  
Calmando de su madre la honda cuita;  
Así como también obra un portento  
Cuando á la hija de Jairo resucita.

Y escuchando la queja lastimera  
De Marta y de María, se extremece,  
Y ante el sepulcro, exclama: “*Sal afuera*”  
Y en el instante Lázaro obedece,

Y viendo los milagros, sorprendido  
Decía el vulgo, con sencillo agrado,  
; *Gran Profeta á nosotros ha venido;*  
*El Señor á su pueblo ha visitado!*

Pero, á la vez, Jesús obra un prodigio,  
Que su Sér misterioso diviniza.  
Cuando, mostrando celestial prestigio,  
A los pobres también evangeliza.

Jamás se había oído una elocuencia  
Tan insinuante, dulce y persuasiva,  
Que, sin prestar sus galas á la ciencia,  
Tuviera la atención siempre cautiva:

De Jesús la palabra seductora,  
Causando suave encanto á los oídos,  
En las almas despierta, á toda hora,  
Sentimientos de amor desconocidos:

Esa palabra enérgica consuela  
Al que llora afligido en la amargura,  
Y, alentando á los débiles, revela  
Del hombre á la razón la verdad pura:

Lo mismo que, cual suave melodía,  
Endulza de los justos la existencia,  
Haciéndoles gozar de una alegría  
Que sólo dá la paz de la conciencia;

Y esa palabra otros prodigios obra,  
Pues las pasiones turbulentas calma,  
Y la inocencia su virtud recobra  
Por el dolor transfigurando á el alma.

Mas á pesar de tantos beneficios  
Enemigos suscita su doctrina,  
Y porque improba, sin cesar, sus vicios,  
Ansiosos buscan, por doquier, su ruina.



DÉCIMA MEDITACIÓN

DE GETSEMANI AL CALVARIO

El orgullo fatal y el sensualismo,  
Que fueron causa del primer pecado,  
Abrieron para el hombre el hondo abismo  
De males en que se ha precipitado.

Quiso ser como Dios, en su soberbia  
De la ciencia del mal gustando el fruto,  
E imitando del angel la protervia  
Negó al Creador de su piedad tributo.

Y en lugar de subir de cielo en cielo  
Desterrado salió del Paraíso,  
Para vivir, en el maldito suelo,  
A las insidias de Luzbel sumiso.

Pero el Señor, que su miseria veía,  
Le ofrece que en su misma descendencia  
Un Redentor divino nacería,  
Para volver al hombre su inocencia.

Y el Hombre Dios, nacido en la pobreza,  
Se anonada viviendo vida oscura,  
Y desde niño á saborear empicza  
De la humana existencia la amargura:

A la soberbia la humildad opone,  
Al deleite sensual el sufrimiento,  
Y al mundo el yugo de su Ley impone,  
Exhalando en la Cruz su último aliento.

El hombre de dolores, padeciendo,  
Vence á la muerte con la muerte misma,  
En la Cumbre del Gólgota tremendo,  
Cuando en la sima del dolor se abisma.

Jesús desea, con deseo ardiente,  
Comer la última Pascua del Cordero  
Con sus amigos, pues cercana siente  
La hora terrible del adiós postrero.

E instituye el augusto Sacramento  
Que encierra del amor el gran misterio,  
Y les advierte, con sentido acento  
Que es todo amor su santo ministerio.

Después de darles, con unción divina,  
jemplo de humildad, no sin tristura,  
de Getsemani al Huerto se encamina,  
Do agonizante su oración murmura.

Como á ladrón, la turba llega en tanto,  
Para prenderle, como en son de guerra,  
Y su voz escuchando con espanto,  
Cae al momento prosternada en tierra.

Mas el Hijo de Dios, siempre sereno,  
A los sicarios que le prendan deja,  
Y reprendiendo á Pedro de ira lleno,  
San. de Malco la cortada oreja.

Y de Caifás le llevan á la casa,  
Ligado como un reo de delitos,  
Y mientras tanto que la noche pasa  
Le hacen sufrir tormentos inauditos.

Entonces, el Pontífice le ordena,  
Que diga si es el Cristo francamente,  
Y al responderle, á muerte le condena,  
Lo mismo que el Consejo, allí presente.

Presurosos le llevan otro día,  
Siempre ligado ante el Pretor romano,  
Quien, viendo de las turbas la porfía,  
Por salvarle la vida lucha en vano.

Y, acaso de su esposa oyendo el ruego,  
De Herodes le remite á la presencia,  
Quien, haciendo irrisión le envía luego,  
Teniendo su silencio por demencia.

No hallando causa en El, Poncio Pilato  
Lo manifiesta así á los Sacerdotes,  
Y para hacerse á los judíos grato  
Le manda castigar dándole azotes.

Mas ellos llenos de rencor y envidia  
De Barrabás pidiendo la soltura,  
“Crucifícale” exclaman, con perfidia.  
“Crucifícale” gritan, sin cordura.

Nada es capaz de reprimir su encono,  
Que adquiere, á cada instante, nuevos bríos,  
Y los soldados, en burlesco tono;  
“Salve” le dicen, *Rey de los Judíos*:



Viendo, entonces, Pilato su impotencia,  
Y de el César temiendo el desagrado,  
Pronuncia débil la fatal sentencia,  
Que hará su nombre odioso y execrado.

Y al quitarle la púrpura irrisoria  
Le devuelven su propia vestidura,  
Y haciendo su pasión más meritoria  
Le cargan con la Cruz, con mano dura.

El Cristo resignado y macilento  
Camina por la Vía Dolorosa,  
Y se aumentan su pena y su tormento  
Encontrando á su Madre pesarosa,

Que, al dirigirle tierna la mirada,  
En silencio contempla su semblante,  
Sintiendo de Simeón la aguda espada  
Que traspasa su alma agonizante.

La humana inteligencia no podría  
Sin la luz de la fe que le da ayuda,  
Figurarse la angustia de María,  
Contemplando á Jesús, de pesar muda.

Ella, viendo su faz dulce y serena,  
Sus tiernos sentimientos adivina,  
Y seguida de Juan y Magdalena  
Hacia el Calvario con valor camina.

Con energía santa allí presencia  
De la muerte de un Dios los episodios,  
E implorando el perdón y la clemencia  
Del hombre olvida los terribles odios.

Junto á la Cruz, en que Jesús pendiente  
Deja oír sus palabras, compasiva,  
Las agonías de la Muerte siente,  
Y es milagro que á su Hijo sobreviva.

Mas así lo dispone, en su alto juicio,  
La Providencia del Eterno Padre,  
Que, aceptando su amor en sacrificio,  
Le hace, por el dolor, ser nuestra Madre!



UNDÉCIMA MEDITACIÓN

---

**EL SANTO SEPULCRO Y EL  
MONTE OLIVETE**

GLORIOSA RESURRECCIÓN Y ADMIRABLE  
ASCENCIÓN DEL SEÑOR.

---

Cuando Jesús su espíritu encomienda  
Al Padre que negárale su auspicio,  
Y de la Cruz en el altar le ofrenda  
Del amor infinito el sacrificio,

José de Arimatea fiel procura  
Conseguir de Pilato la licencia  
Para dar al cadáver sepultura,  
De los guardias judíos en presencia.

Al descenderlo entrégalo piadoso  
A la Madre, que se halla á pocos pasos,  
Y Ella viendo su estado lastimoso  
Amorosa le estrecha entre sus brazos:

Lamentando del hombre la injusticia,  
Del dolor más intenso en el exceso,  
Talvez recuerda su primer caricia,  
Del amor maternal el primer beso!

Las peripecias de esa historia triste,  
Que algunos creen ensueños de un delirio,  
Son ciertas. . . . mas la pluma se resiste  
A contar de esa Madre el cruel martirio.

Al meditar en tan profunda pena  
Del que es cristiano el corazón se oprime,  
Y del Sepulcro en la postrer escena  
Ve la apoteosis del dolor sublime.

Después de embalsamado el cuerpo santo,  
Del Sepulcro le cubren con la losa,  
Y las santas mujeres, en su lianto,  
Se olvidan de la Madre dolorosa;

Y vuelve á la Ciudad en compañía  
De Juan y las mujeres bienhechoras,  
Y en el retiro ve correr María  
De su angustiada soledad las horas.

Aunque su corazón tierno y amante  
Es destrozado por la pena fiera,  
Ve en espíritu á su Hijo, que triunfaste  
El Sepulcro abandona, y firme espera;

Y cuando á los tres días se realiza  
De la Resurrección el gran portento  
Y Jesús á los suyos patentiza  
De la Santa Escritura el cumplimiento,

Ella, antes que María Magdalena,  
Que Pedro y Juan, los más favorecidos,  
Recibe su visita, de amor llena,  
Y cesa de exhalar tristes gemidos.

Si fueron tan acerbos los dolores  
De la Pasión en los nefandos días,  
Los goces de la Madre son mayores  
Al disfrutar tan santas alegrías.

Como Ella no dudara un solo instante,  
De la Resurrección, no fué preciso  
Que el Redentor, entre la luz radiante,  
Le mostrase su gloria de improviso.

Si á Cleofas y Tomás, que estaba ausente,  
Les convence con modo extraordinario,  
A su Madre, que creía firmemente,  
Convertirla á la Fe no es necesario.

Más que ninguno, empero, Ella apetece  
Gozar con los coloquios del Amado,  
Y cada vez que á solas se aparece  
No quiere que se aparte de su lado.

Entre tanto, ya el tiempo se aproxima  
En que El debe dejar este planeta,  
Y del Monte Olivete en la alta cima  
Hacer ver que su obra está completa.

Cerca de veinte siglos han pasado  
Desde que, por milagro nunca visto,  
Sin romper el Sepulcro bien sellado,  
Resucita glorioso Jesucristo;

Y hasta ahora subsisten los efectos  
De ese milagro, que sorprende al mundo  
Y que anunciado á corazones rectos  
El germen del amor hace fecundo.

Aunque el Maestro no había descuidado  
El anunciarles el feliz suceso,  
Los discípulos tiénelo olvidado  
Desde el momento que le toman preso.

Después que Jesús se ha aparecido  
muchas y diversas ocasiones,  
endo que ya todo se ha concluido,  
se á pescar, sin más preocupaciones.

Y, á la orilla del mar, una mañana  
interrogando á Pedro oye sus que:  
Y ostentando su gracia soberana  
Le ordena que apaciente sus oveja:

En sus apariciones tan frecuentes  
El Cristo á sus Apóstoles instruía  
En los misterios de la fe latentes,  
Que su razón apenas descubría.

A los cuarenta días se presenta  
Por la postrera vez á sus miradas:  
Su tardanza en creer les representa  
Respecto á las verdades reveladas;

Y les manda que enseñen á las gentes,  
Dando de sus virtudes testimonios,  
Les hace hablar en lenguas diferentes,  
Con poder de arrojar á los demonios.

Y enviarles á su Espiritu promete  
Para hacer su destino más felice,  
Y con ellos camina al Olivete,  
Donde alzando sus manos les bendice:

A dorante todos extasiados  
que, poco á poco, sube al cielo  
ros de Espíritus alados  
al encuentro, en raudo vuelo.

Anto que ellos miran las alturas,  
Con la mirada fija y sorprendida,  
Unos hombres con blancas vestiduras  
De Jesús les anuncian la venida.

La Santa Madre de alegría absorta,  
Admirando el prodigio, su alma expande,  
Y casi la alegría no soporta,  
Ella que ha sido en el dolor tan grande!

